

SE CUMPLEN, ESTE 2014, CIEN AÑOS de la primera publicación, parcial y dirigida a los niños, del más conocido libro de Juan Ramón Jiménez. Tres años después, en 1917, verá la luz la versión definitiva que cuestionaba el ingenuismo adánico de aquella apresurada edición infantil de *Platero y yo*, tan criticada por los detractores del poeta, para situarnos ante la verdadera grandeza de un libro que es junto al *Don Quijote*, el más leído de las letras españolas de todos los tiempos.



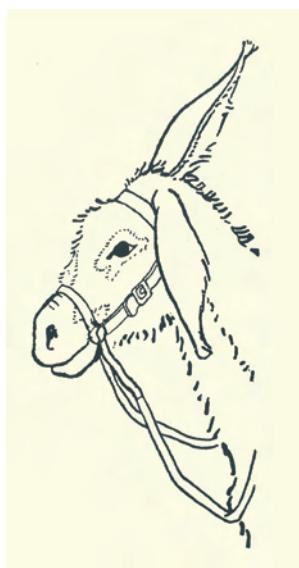
Cubierta de *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez (1914).

A pesar de cierto hastío que el libro *Platero y yo* producía a veces en Juan Ramón, no es menos cierto que este fue su único éxito de ventas en vida, representando la mayor parte de los ingresos que por derechos de autor recibió el poeta por su obra y, guste o no, lo sigue siendo después de él muerto.

De *Platero y yo* se ha dicho que es una elegía andaluza, una autobiografía lírica, un monumento de amor del poeta por su pueblo, al que inmortalizó e hizo universal con él. El caso es que ciertamente se escribió en el periodo más largo que el poeta pasó en su pueblo ya entrado el siglo XX. Cuando Juan Ramón volvió a Moguer a finales de 1905 procedente de Madrid, afectado de una fuerte depresión que agravó la situación económica familiar, prácticamente en la ruina tras la muerte de su padre en el otoño de 1900. En efecto, la extensión de la plaga de la filoxera sobre las viñas moguerenas a partir de 1894 hundirá la viticultura local provocando un profundo estancamiento en el pueblo, a lo que hay que unir el cegamiento del río Tinto por la colmatación de sus depósitos erosivos; todo ello terminará por ahogar la economía moguerena de la primera mitad del

siglo XX, clausurando el río como vía de tráfico pesquero y comercial, y con ello, los dos principales pilares de la, hasta entonces próspera, economía moguerena.

Es en este contexto, a comienzos de 1906, con 24 años, cuando Juan Ramón empieza a escribir *Platero y yo*, los capítulos van saliendo de su puño y letra sin apenas esfuerzo, él mismo confiesa que apenas le llevaba diez minutos escribir uno. La escritura de *Platero y yo* tiene mucho que ver con el impacto que produce en el poeta su vuelta a un pueblo que le cuesta reconocer aunque apenas ha estado cuatro años fuera. Un pueblo al que la depresión económica ha postrado, y que al poeta se le antoja, en su verdad terrible, más triste, más amargo, desolado, solitario, despiadado y violento, como si ahora en él fuera más fácil reconocer toda la crudeza de la vida y también la crueldad de los hombres, patentes en capítulos como *Los burros del arenero*, *El perro sarnoso*, *Pinito*, *La yegua blanca* o *El burro viejo*. Ante este sombrío panorama vital, Juan Ramón se aísla voluntariamente del ambiente de su clase, de esa burguesía rural a la que él pertenece pero con la que ya no se identifica, que le parece egoísta, intolerante, parapetada en sus vicios y en un ritualismo religioso y costumbrista tan vacío como presuntuoso, paralizada en sus privilegios en medio de la situación de hambre y miseria que vive el pueblo, sin capacidad para cambiar la realidad ni ganas de mejorar en nada esas circunstancias. Frente a ellos, Juan Ramón, que se sabe diferente, se recrea en la figura de un burrito como compañero de su soledad y recipiente de sus reflexiones, sus meditaciones e impresiones contemplativas. De ahí el sobrenombre del libro: *elegía andaluza*, pues todo él lleva tanto un lamento por lo perdido como un abatimiento resignado por lo presente. En efecto, todo el libro es una protesta sorda que no encuentra eco humano, lo que convierte a Juan Ramón, en tanto protagonista junto a Platero del libro, en un inadaptado, un ser extraño, que recoge en ocasiones la incomprensión, la burla y hasta el desprecio de los otros: es “el loco”, “el más tonto que Pinito”, y de ahí que el poeta busque, a lomos



Platero, ilustración de Fernando Marco (1914).
Archivo-Biblioteca Casa-Museo Tomás Morales. Cabildo de Gran Canaria.

de *Platero*, en la naturaleza como refugio, el diálogo sin respuesta con el burrito.

Se ha dicho de este libro que es una lección de sencillez, bondad, ternura y sensibilidad, y es cierto, pero no es menos cierto que un análisis más riguroso nos permite ver en él cómo, en un mismo plano de realidad, desfilan por *Platero y yo* lo vulgar y lo sublime, lo mágico ideal y la cruel realidad, lo atractivo y lo repulsivo, la decepción sin expectativas y la alegría festiva. En *Platero y yo* se mezclan los tiempos, los colores, los sentimientos, como hará Juan Ramón, ya con singular maestría, en su poema en prosa *Espacio*. Pasado y presente, alegría y pena, imaginación y realidad, ingenuidad y conciencia, verdad y artificio, niño y hombre, se dan la mano en un relato sintético pintado con técnica impresionista sobre la naturaleza moguerña, sus campos, sus cielos y sus gentes, entre las que Juan Ramón distingue claramente, por un lado, las instituciones (iglesia, escuela, ayuntamiento, etc.) y a quienes las representan (curas, maestros, políticos, etc.), que son contemplados de forma irónica, satírica o humorística, cuando no los zahiere y crítica abiertamente (*Don José, el cura*; *Frasco Vélez, La Miga, Asnografía*); y por otro los inocentes, los pobres, los niños y los animales, a los que Juan Ramón entrega su compasión y su ayuda en la medida que se manifiestan como seres sufrientes, con ellos se solidariza y hacia ellos dirige su ternura, su afecto puro, su sencilla y espontánea fraternidad (*León, Sarito, La púa, El potro castrado, La perra parida, La carretilla, Libertad, La tísica, La flor del camino, Lord, Gorriónes, Lipiani*).

Juan Ramón, como demuestra en muchas páginas del *Platero y yo*, tuvo una especial sensibilidad por los niños desvalidos y necesitados, a los que a lo largo de toda su vida prestó atención y ayuda. Igualmente por los seres humillados, desgraciados o marcados por taras físicas o psíquicas (*El niño tonto, La tísica, La púa, Golondrinas*). Juan Ramón siempre estará del lado de los que sufrían la injusticia o la pobreza, defendiendo una vida mejor para el pueblo cimentada sobre la educación y la cultura, lo mismo que

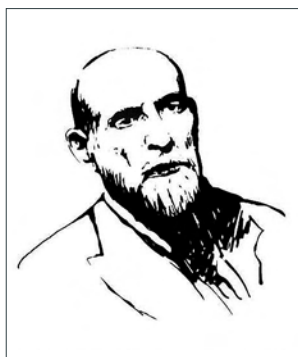
siempre estuvo enfrente de todo lo populachero, violento o insano. Es conocida su aversión por el ruido, el carnaval, las corridas de toros, las riñas de gallos, los tablaos flamencos, los juegos de cartas, el vino, el tabaco, los espectáculos degradantes, los militares, los caciques, los curas, los frailes y las misas (*Los toros, Los gallos, Los húngaros, Judas, La fábula, Carnaval*).

Ya por su misma situación económica, debido a la ruina familiar, ya por la nueva perspectiva que le proporciona su sensibilidad krausista hacia los problemas sociales, Juan Ramón intercala en muchos capítulos del libro su fina ironía contra todo lo viejo, lo caduco, lo que se ha hecho mal, lo que hay que cambiar. Ahí están capítulos como *El río*, para dar testimonio de ello.

En efecto, las fuentes éticas del Juan Ramón que escribe *Platero y yo* están profundamente enraizadas en el krausismo, movimiento filosófico en el que había bebido a comienzos del siglo a través de su admirado maestro Francisco Giner de los Ríos y otros personajes de la intelectualidad madrileña. El krausismo español es, en realidad, una variante del republicanismo de finales del siglo XIX que pretendía reformar y renovar España a través de un programa que incluía:

- La construcción de un Estado de Derecho que garantizara a todos los ciudadanos el desarrollo de sus potencialidades y capacidades, defendiendo posiciones intermedias entre el individualismo liberal y el socialismo.
- La educación como palanca para el progreso, modernización y perfeccionamiento moral de la sociedad española.
- La secularización de la sociedad, abogando por una religiosidad panteísta y espiritualista.

Todos estos aspectos recorren la ética juanrramoniana y están muy visibles en su obra, en su búsqueda de todo lo noble y puro, en el cultivo espiritual, la acción encaminada exclusivamente por medio del amor y el altruismo desinteresado, el respeto a la naturaleza y al patrimonio artístico (*El aljibe, El pino de la corona, Corpus, Mons-Urium, La torre,*



Retrato de Juan Ramón
Jiménez.

La fuente vieja, El Rocío), a la cultura en suma, tal y como se inculcaba a los alumnos en la Institución Libre de Enseñanza en la idea de formar personas moralmente íntegras, libres, dignas y responsables.

Su firme apuesta por la educación del pueblo, su crítica a la miseria material y espiritual en las que se le mantenía, su gusto por la naturaleza y el respeto por todo lo vivo se cimienta igualmente en el contacto con los intelectuales de la Institución Libre de Enseñanza, y es bajo el influjo general de los krausistas donde hay que situar el compromiso de Juan Ramón con el pacifismo, el higienismo, la cultura y la naturaleza. Así, de la mano de ellos conocerá las Sierras de Guadarrama, paisaje que el poeta verterá en el libro *Pastorales*, fruto de las excursiones y paseos a las que le aficionan sus amigos por la acción curativa que defendían: tiene el contacto con la naturaleza; y como conciencia de ellos se escribe *Platero y yo*, tan celebrado por Francisco Giner y Manuel Bartolomé Cossío, personajes ambos que ayudan a Juan Ramón a reelaborar su gusto por lo popular (muy presente en capítulos como *La Cruz de Mayo, El Rocío, Corpus*, etc.), frente a lo plebeyo, es decir, el gusto por lo auténtico incontaminado aún por el cosmopolitismo (en la línea de las tesis de Ruskin, Thoreau o William Morris, cuya influencia, por cierto, es patente en el diseño de la portada de *Platero y yo*), esa aristocracia natural y a la intemperie que, para Juan Ramón, se hallaba en lo que quedaba en cada persona de pueblo, esa razón común patrimonio de la inmensa minoría ideal.

También de ellos, y sobre todo, de Giner de los Ríos, alumbrará Juan Ramón su propia versión de su pedagogía íntima, esa hermosa austeridad que defendió el poeta para su vida, especie de ascetismo laico o panteísmo místico, socrático, entre erasmista y regeneracionista, que propugnaba la educación como vía del desarrollo espiritual individual y colectivo de los pueblos, y camino para la reforma gradual y armónica de la sociedad.

En torno a estos ideales Juan Ramón elaborará lo que él gustaba de llamar su ética/estética, su programa políti-

co y creativo. Así, lejos del férreo corsé apolítico en el que muchos han querido encerrarlo, Juan Ramón fue siempre una persona comprometida con su tiempo, protestó y se manifestó siendo estudiante en Cádiz contra la leva de soldados que marchaban a la guerra de Cuba y se declaró a favor de la independencia de la isla; ya adulto, expresó su repudio por la monarquía borbónica, escribió contra la actuación del gobierno durante los acontecimientos de la Semana Trágica en Barcelona y la absurda guerra colonial de Marruecos; abogó por el pacifismo durante la Primera Guerra Mundial, cuando incluso la intelectualidad española se dividió en germanófilos y anglófilos, y hasta el final de sus días, frente a la actitud mayoritaria del exilio, se mantuvo fiel al gobierno de la República democrática y legal de España y, a pesar de los muchos intentos del gobierno franquista e incluso de las presiones familiares, jamás aceptó volver.

Si el krausismo fracasó como programa político fue porque estaba muy alejado de la realidad española, así como por su carácter elitista, idealista y paternalista que defendía el que una élite intelectual fuera quien protagonizara la tarea de mejorar al pueblo para sacarlo de su atraso. Es por esto que las ideas krausistas en España no permearon más allá de algunos elementos de la burguesía liberal y la escuálida clase media española, y tuvieron siempre en contra a la Iglesia católica, al tradicionalismo y el conservadurismo por un lado y, de otro, el programa mucho más revolucionario y radical de las izquierdas al que se entregó el proletariado. La confrontación de estos dos extremos durante la Guerra Civil pondrá fin a esta corriente política y filosófica.

En efecto, difícil acomodo entre estas Españas, podía tener un personaje de la talla de Juan Ramón Jiménez que, desde 1936 había publicado más sobre guerra y paz, derechos y deberes, que sobre poesía. Para Juan Ramón, soledad poética y sociedad política se volvieron entonces vasos comunicantes de sí mismo, y como hijo de su tiempo y como conciencia libre e insobornable, reiterará su posi-



Francisco Giner de los Ríos.

ción política, frente a una falsa aristocracia, la de los aristócratas holgazanes de blasón que viven de la sangre humana, defenderá una aristocracia verdadera, la de los que haciendo su trabajo cotidiano, humilde y gustoso, se hacían también en espíritu y conciencia a base de sencillez y cultivo interior. Elevar al pueblo hasta esta aristocracia natural era para el poeta cuestión de remover los obstáculos que impedían la implantación de un colectivismo económico que había de traer al pueblo educación y bienestar (comida, higiene, libros, etc.), es decir, un comunismo que debería asegurar lo suficiente material para el colectivo y respetaría lo infinito inmaterial de cada uno, es decir, la libertad espiritual de cada individuo como parte de una conciencia colectiva abierta hacia la hermosura de la libre invención.

En 1912 Juan Ramón decide volver a Madrid. A pesar de su amor por la naturaleza moguerena, en su paraíso perdido e imposible, en su pueblo, no tenía nada que hacer desde el punto de vista intelectual, y por eso terminó por aceptar el mal menor de la urbe madrileña, consciente de que esa era una vida deshumanizada y desnaturalizada, también en lo lingüístico, como afirma el poeta: *¡Qué nostalgia de mi español de niño en Moguer! ¡Qué odio de castellano en Madrid! ¡Qué afán de dejarlo todo claro, liso, fluido, transparente...!*¹

A pesar de la insistencia de su círculo madrileño: los Machado, Giner, Cossío, Ortega, Unamuno, Azorín, para que cante a Castilla, en la estela de los escritores regeneracionistas, Juan Ramón se mantendrá siempre firme en su concepción poética, en esa idea de escribir desde la querencia, el apego a la tierra de la que brotaba su lengua nativa, la universalidad de los modismos andaluces, obsesión que le perseguirá también después, cuando convertida España en todo lo que él siempre combatió, se resignó al exilio y a la pérdida de la lengua natural originaria; la que oía hablar a su madre, la que está en *Platero y yo* puesta en boca del pueblo, la que le perseguirá toda la vida en tanto búsqueda de la sencillez, la belleza espontánea, sin afeites del len-

1 "El español perdido". *Ínsula*, 15 de enero de 1956.

guaje popular: *Las expresiones poéticas más bellamente delicadas se las he oído a hombres toscos del campo, y con nadie he gozado más hablando que con ellos o sus mujeres o sus hijos... Todos hemos nacido del pueblo, de la naturaleza, y todos llevamos dentro esa gran poesía original, paradisíaca, que es natural unión, nuestro comunismo... Levantando la poesía del pueblo se habrá diseminado la mejor semilla social política.*² De ahí su otro drama, el desarraigo, la pérdida del andaluz de España, su orfandad sustancial producto del trastierro que lo convirtió, como él decía, en un *deslenguado*.

Casi al final de su vida, la memoria constante de su pueblo y sus gentes tendrá, acaso, su mejor jalón en la carta que escribirá a los criados de su casa cuando él era niño, intentando en ella un hermoso ejercicio literario de redención y arrepentimiento, pues se disculpa con todos ellos (Concha la mandadera, José el aperador, Josefito, Vito Villegas, Manuel de la Encina el casero de Fuentepiña, etc.), les pide perdón por “mi mala juventud, mi conducta absurda, mi vergüenza muchacha de ser lo que en mi fondo yo era y sería... cuánto aprendí... de vosotros que creía entonces tan poca cosa! Mucho he sufrido luego recordándoos, no pudiendo ya, por desgracia, enmendar mi inconsciencia pasada, quizás para vosotros reviví mi falsa realidad, mi equivocada historia”, immortalizada ya para siempre entre las páginas del *Platero y yo*.³



Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez (1916).
Fundación Zenobia y Juan Ramón Jiménez.

² Jiménez, J. R. (1961). *El trabajo gustoso*. Ed. Aguilar. México.

³ Jiménez, J. R. (1967). *Platero y yo*. Ed. Aguilar. Madrid.